

Viendo que todas aquellas islas no tenían bastante importancia para colonizarlas, se encaminó hácia otra bastante grande, conocida con el nombre de Inagua Grande, pero á la que el almirante, en recuerdo del rey de España, puso el nombre de Fernandina.

Al llegar, un indio de la Concepcion se habia anticipado á comunicar la nueva del arribo de los extranjeros, de la bondad de su carácter, de los regalos que ofrecian á cuantos se acercaban á ellos, y el júbilo de aquellos indígenas no fué menor que el de los de las demás islas que én el archipiélago habia visitado Colon.

Capítulo VII

Nuevas impresiones.

La isla que Colon llamó Fernandina, y que hoy se llama Exuma, parecia más civilizada que las del archipiélago que acababa de dejar atrás.

Sus habitantes se asemejaban á los de las islas anteriores, pero eran mucho más trabajadores, y su fisonomía revelaba mayor inteligencia.

Una prueba que podria alegarse en favor de su mayor cultura, es la de que aquellas gentes rendian culto al pudor.

En vez de presentarse en el estado primitivo, cubrianse las indias con delantales de algodón y mantos de la misma tela.

Bien es verdad que este era el signo de las personas más acomodadas, porque lo que podia llamarse la plebe usaba el traje del Paraiso.

Las moradas de aquellos indios formaban pabellones que estaban contruidos con ramas de árbol, cañas y hojas de palma.

Preservábanlos de los ardientes rayos del sol los anchos brazos de sus hermosos árboles.

Sus lechos estaban formados por redes de algodón sujetas por las puntas á dos árboles.

Eran las hamacas que conocemos hoy, y que por la primera vez vieron los europeos en aquella isla.

Los habitantes de la Fernandina, á pesar de las noticias que habian recibido poco antes de la llegada de los europeos, no pudieron ocultar el asombro que les causó su vista.

Mirábanlos á un tiempo con admiracion y terror, y se acercaban con ofrendas, creyéndolos enviados del cielo.

Solicitos en extremo por complacer á los españoles, cuando los marineros desembarcaban para tomar agua, les guiaban á los manantiales más cristalinos y más puros, les ayudaban á llenar los toneles y no les permitian que los llevasen á la orilla, sino que, cargando con ellos, los trasportaban, dándoles de este modo una gran prueba de los deseos que tenian en servirlos.

Pero tampoco tenian ellos lo que buscaban Colon y sus compañeros: el precioso metal que habia despertado su codicia.

Estos indios les ofrecian los frutos de sus campos y de sus selvas, sus loros domesticados, el algodón, que era el producto de más valor que po-

seian; pero ni el oro, ni las piedras preciosas de Cipango aparecian á las escudriñadoras miradas de los europeos.

¡Ah! si no se hubieran presentado á su imaginacion, con fulgor brillante, las soñadas riquezas; si despues de los largos dias que habian pasado en medio de los mares, sin más horizontes que las olas remontándose al cielo; si despues de tantos dias de duda, de zozobra y de desaliento hubieran podido entregarse á contemplar aquellos paisajes que se ofrecian á su vista, ¡cuán grandiosa, cuán bella les hubiera parecido aquella virgen naturaleza que se aparecia á sus ojos rodeada de encantos sobrenaturales, con todos los atractivos, con todas las galas de su esplendidez.

Pero Colon, á fuerza de desengaños, habia aprendido á ser lo que hoy llamamos un hombre escéptico.

Conocia perfectamente que si al volver á España se limitaba á referir las maravillas que habia visto, le tendrian por visionario, ó cuando más por poeta, y no estimarian los reyes la descripcion de estas bellezas, en tanto que aquellas no cubriesen los gastos que habia exigido la expedicion.

El almirante necesitaba á toda costa demostrar á sus protectores, presentando á sus admirados ojos espléndidas riquezas y los mejores y más magníficos productos del país que habia descubierto, que no habia sido estéril su sacrificio, y que podrian realizarse todos los proyectos que les habian impulsado á favorecer su arriesgada empresa.

Después de pasar algunas horas en la Fernandina, dispuso Colon un viaje explorador en torno de su costa, y descubrió á dos leguas del cabo del Sudoeste un extenso puerto, capaz de contener cien bageles.

Descansó en él nuestro héroe, en tanto que sus marineros se abastecieron de agua, y aquella fué una de las pocas ocasiones en que fijó el ilustre marino sus ojos en las maravillas que le rodeaban.

Abandonando la Fernandina el 19 de Octubre, tomó el rumbo del Sudoeste en busca de una isla llamada Saometo, en donde, por las indicaciones que le habian hecho los indios, creia Colon hallar las minas de oro y el suntuoso soberano de que antes he hecho mencion con referencia á Marco Polo.

Sus esperanzas quedaron defraudadas.

Era, sin embargo, bajo el punto de vista de la magnificencia de su vegetacion, la mejor de todas las que habia visto.

El clima era suave; el aire perfumado; la costa estaba cubierta de finisimas arenas que arrastraban las trasparentes ondas.

Colon la dió el nombre de su augusta protectora, la reina Isabel.

Pero dejemos hablar al almirante en su verdadero lenguaje.

«Aquí,—escribia á los reyes,—hay unas grandes lagunas y sobre ellas y á la rueda, es el arbolado en maravilla; y aquí y en toda la isla son todos verdes, y las yerbas como en el Abril en la Andalucía;

y el cantar de los pajaritos que parece que el hombre nunca se querria partir de aquí, y las manadas de los papagayos que oscurecen el sol; y aves y pajaritos de tantas maneras y tan diversas de las nuestras, que es maravilla; y después hay árboles de mil maneras, y todos de su manera de fruto, y todos huelen que es maravilla, que yo estoy el más penado del mundo de no los cognoscer, porque soy bien cierto, que todos son cosas de valias.

¡Lo que es la obcecacion!

Estaba tan poseido de la idea de haber hallado, más que un Nuevo Mundo un camino nuevo y directo al Asia, que hasta él mismo refiere en sus escritos que era tanto su empeño en descubrir los productos del Oriente, que al acercarse á aquella isla encantadora imaginó que respiraba el aire, los olores que exhalan las islas del mar Indico.

El agua era tan transparente, que á través de sus diáfanos cristales podian verse los abundantes peces que la poblaban, peces que ofrecian á sus ojos la novedad que todos los demás objetos que habian hallado en aquel Nuevo Mundo.

La brillantez de sus colores, los rayos del sol que reflejaban en sus escamas, rivalizaban con los raros matices y colores de las aves que cruzaban por el espacio y revoloteaban en torno suyo.

No hallaron en todas aquellas islas más animales que lagartos, utias,—especie de conejos muy sabrosos,—perros mudos, y guanacos.

Creyeron al pronto los españoles que estos últi-

mos eran dañosos, por parecerse mucho á las serpientes; pero no tardaron en convencerse de que era un animal pacífico, y tambien uno de los más sabrosos manjares conque podrian regalar su paladar en aquellas regiones tan apartadas de su patria.

—No hay duda,—se decia Colon, y algunas veces lo decia á los que formaban parte de su estado mayor,—esta isla debe ser la que alberga á ese famoso soberano de que habla Marco Polo, y en sus entrañas debe encerrar el oro que fascinó al viajero veneciano.

Los suyos le creian de buena gana; pero cuantas exploraciones habian hecho hasta entonces, habian sido infructuosas.

No hallaban más que una naturaleza en extremo fecunda, hombres y mujeres sin necesidades de ninguna clase, teniendo su alimento en la mano, como suele decirse. Pero el oro, el oro era un mito, era una incógnita que no podian despejar.

A pesar del poco tiempo que hacia que se hallaban á su lado los indios que habian tomado en Guanahani, éstos, inteligentes en alto grado, habian conseguido entender á los españoles y hacerse entender de ellos.

Dicho se está con esto que les asediaban á todas horas con preguntas para saber donde se hallaba el oro.

Los indios señalaban al Sur.

Por la primera vez oyó Colon pronunciar el nombre de Cuba, y adivinó que Cuba era el nombre que

daban á la isla aurífera que con tanto afán deseaba visitar.

De las señas y gestos de los indios coligió que la nueva isla á donde pensaba dirigir la proa de su nave poseia abundantes minas de oro, criaba perlas de las especies más finas y buscadas, y hasta pensó que le dijeron que iban embarcaciones grandes á comerciar con los habitantes de aquella rica isla.

—Ese es Cipango,—se dijo,—los buques del Gran Kan los que van hasta su orilla á comerciar. Es necesario ir allá, examinar su puerto y establecer desde luego entre ella y España relaciones mercantiles.

El hombre es siempre esclavo de la ilusion.

Las canas plateaban la cabeza del ilustre marino, y, sin embargo, bajo aquella capa de nieve ardía el sol de la juventud, la ilusion y la esperanza.

—No lo dudeis, amigos míos,—decia á los Pinzones y á los demás navegantes, que le escuchaban con la boca abierta deseosos de que no se engañara,—buscaremos esa isla, buscaremos despues otra que debe estar muy cerca, segun indica Marco Polo, Bohio; recogeremos en una y otra grandes cantidades de oro y piedras preciosas, y pasando en seguida al continente indio, despues de ocho ó diez dias de navegacion, buscaremos la ciudad de Quinsay, que es una de las capitales más suntuosas; y una vez en ella entregaré al Gran Kan las credenciales que los monarcas de Castilla me han dado para que desempeñara mi embajada y volveremos triunfantes á España á recoger con el aplauso de nuestros compatrio-